

Estampa

Julia, la doncella, ha servido el desayuno a don Marcelino durante catorce años, y no encuen-

tra, por más que lo busca, ese signo misterioso que debe distinguir a los ministros de los demás mortales.

yo he dicho es un caldo de verdura. Si toma eso, se muere." Resulta que yo, con toda mi buena intención, estuve a punto de matarlo.

Charlamos un rato más, y, lo mismo la señora que la doncella, siguen haciendo elogios de don Marcelino.

— ¡Es tan bueno! ¡Tan trabajador! ¡Tan sencillo!—repiten sin cesar.

Por otra parte, para darse cuenta de todas estas cosas, no hace falta que ellas lo aseguren: basta con pasar la mirada por el cuarto. No hay nada en él que no nos hable de que está habitado por un hombre sencillo, austero, trabajador. Lo dicen los libros, los muebles, los periódicos y, sobre todo, la mesa llena de papeles, un poco en desorden, colocada al lado mismo de la ventana.

Sólo hay un detalle que desentona un poco. Es el teléfono colocado sobre la mesita de noche, que no es como los de todo el mundo, sino un aparato grande, alto, anticuado y cursi, de los que se ven en los despachos oficiales para uso de los ministros. No viendo el teléfono, nadie puede sospechar al entrar allí que se trata del cuarto donde vive y trabaja modestamente, limpiamente, un gobernante de la República.

JOSEFINA CARABIAS

Doña Manolita habla a nuestra colaboradora Josefina Carabias de la vida austera y ejemplar de don Marcelino Domingo. (Fotos Benítez Casals.)

—Sí; porque cada vez que venían a hacer un registro, que era con bastante frecuencia, tenían que mirarlos absolutamente todos, hoja por hoja.

—¿Tardarían unos días?

—No, porque lo hacían bastante de prisa, y a veces eran muchos; pero la famosa noche de San Juan se pasaron aquí desde el anochecer hasta por la mañana. De aquí se llevaron a don Marcelino a la cárcel.

—¿Lo han cogido aquí muchas veces?

—Bastantes; pero él se solía marchar antes, cuando sospechaba que iban a detenerlo. El 12 de diciembre salió de aquí, sin que nosotros notásemos nada, y no le hemos visto hasta que ha vuelto siendo ya ministro.

—¿Sabían ustedes dónde se escondía?

—No. Don Marcelino es tan bueno, que, aun teniendo plena confianza en nosotros, nunca nos quiso complicar en nada, para no comprometerlos. Más de una vez le hemos ofrecido ayuda cuando se encontraba en momentos difíciles; hemos querido esconderlo en casa de amigos nuestros, guardarle cosas, todo, en fin, lo que pudiéramos hacer por él; pero siempre nos decía lo mismo: "No, no; yo os lo agradezco mucho; pero tenéis vuestro negocio, y de ningún modo quiero que, por mi culpa, os vayáis a quedar en la calle. Además, como saben que vivo aquí hace tanto tiempo, la Policía os vigila más que a nadie, y os descubrirían en seguida."

La criada, que está terminando de arreglar la habitación, interviene de nuevo para decirme:

—¿Usted no conoce a don Marcelino? Se quedaría encantada de lo sencillo y lo bueno que es. Mire usted; yo, desde hace muchísimos años, todos los días le entro el desayuno y le sirvo las comidas aquí, en su cuarto. Todavía no recuerdo que me haya regañado ni una sola vez; es más, si algún día estoy de mal humor, esas veces que una no sabe lo que le pasa, siempre me lo nota y me dice: "¿Qué le pasa a usted, Julia; ha tenido algún disgusto?" Yo nunca he visto un señorito tan bueno, y luego, ¡la vida que hace! A las seis de la mañana se levanta y se pone a escribir artículos. Se pasa todo el día trabajando, antes igual que ahora, y nunca ha salido por las noches. No ha querido casarse, y es una lástima, porque yo estoy segura que no habría dado un solo disgusto a su mujer. Pero ha hecho bien. No hay mujer que se merezca un hombre como don Marcelino. ¡Es un santo!

—Nosotros le queremos mucho—dice de nuevo la señora—; pero no somos sólo nosotros, sino todo el que le conoce. Cuando estuvo malo, todos los días venían más de doscientas personas a preguntar por él.

—¿Ha estado enfermo aquí?

—En esa cama—continúa—pasó una enfermedad gravísima. La culpa fué de Primo de Rivera, que lo tuvo en la cárcel todo un invierno. Al salir estaba tan débil, que cayó malo. Creíamos que se moría. Lo visitaba el doctor Marañón, y cuando ya estaba don Marcelino un poco mejor, me mandó que le hiciera un caldo. Yo, que no tenía más afán que verle pronto bueno, le hice un caldo con una gallina entera. Afortunadamente, llegó el doctor cuando se lo iba a dar, y me dijo: "Pero ¿qué va usted a hacer? Lo que